

secan sus hojas y sus frutos, la raíz conserva savia vivificante que, con riego oportuno, retoña y produce brotes de lozano vigor que alegran al cielo.

### La mujer cristiana.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Mayo 21 de 1881.

Queridos lectores míos: tanto me habían alabado las pláticas doctrinales que el Sr. Canónigo D. Norberto Domínguez, predica todas las tardes de este mes, en la antigua iglesia de la Compañía de Jesús, (en cuyas bóvedas en otro tiempo resonó la voz del padre Alegre, célebre literato Jesuita), que no pude resistir al deseo de escucharlas: y ciertamente recibí grata satisfacción. Las pláticas son instrucciones familiares, predicadas con límpida sencillez, con inteligencia y con amor: creo que todo el auditorio debe de sacar de ellas provecho copiosísimo. La materia es importantísima: versa sobre los deberes de las mujeres en la sociedad cristiana, sobre las virtudes que deben cultivar en su corazón, sobre la obligación de desarrollar sus facultades, para cumplir con éxito lo que deben á Dios, á la sociedad, á sus esposos, á sus hijos, á sus hermanos, á los pobres y á sí mismas. Me causaron las pláticas una sorpresa tanto más agradable cuanto que venían á corresponder á un pensamiento, á una idea, que tiene para mí singular atractivo, que me apasiona y arrastra: la instrucción de la mujer, el desarrollo de su inteligencia de una manera adecuada y progresiva. Me estomagan esos que tan alto pregonan que nosotros los

católicos no somos partidarios de la ilustración de la mujer: contra esas declamaciones protestan de consuno el buen sentido y la historia, y, más que todo, los honrosos y nobles precedentes que se encuentran en el cristianismo. No citaré los nombres de las innumerables mujeres de grande inteligencia y de renombrada ilustración que han vivido en todas las épocas de era cristiana: no mencionaré á las grandes escritoras que han dado timbre y gloria á su patria con sus luminosos escritos impregnados de catolicismo: bástame traer á la memoria los grandes trabajos intelectuales á que se entregaban las religiosas en los monasterios de la edad media: bástame recordar la variedad de conocimientos que distinguía á las mujeres eminentes de los tiempos de San Luis y de Felipe el Hermoso en Francia, y de Fernando el Católico en España, y la asiduidad con que Carlo Magno procuraba que sus hijas asistiesen á las científicas lecciones del monje Alcuino.

En realidad de verdad, desde que el cristianismo realzó la condición de la mujer, elevándola y glorificándola para que pudiese cumplir mejor su misión social, todos los obispos, todos los sacerdotes, todos los católicos entendidos han procurado con esfuerzos sin cesar renovados inclinar á las mujeres cristianas al trabajo intelectual, á la utilísima costumbre de aplicarse á adornar, á ilustrar y enaltecer su inteligencia con la adquisición de conocimientos sólidos, que hagan de ellas mujeres inteligentes, juiciosas, atentas, instruídas en todo lo que les conviene saber para dirigir con acierto sus familias. San Gerónimo se ocupó en esta obra en sus admirables cartas, que nunca serán suficientemente



pequeño refrigerio. Llegaba á la infeliz bohardilla ocupada por la familia pobre, con la sonrisa en los labios, con la apacible serenidad en la frente, con la amabilidad en el corazón, esparciendo frases de la amistad más sincera, derramando el rocío de la alegría en aquellos corazones ulcerados por los ásperos padecimientos de la estrechez y del infortunio. Sentábase en aquel hogar escueto, desaseado, casi horripilante; conversaba amena y deleitosamente, como si estuviera en el estrado de su sala recibiendo, según su costumbre, á las familias más distinguidas y á los personajes más notables de la literatura contemporánea; tenía siempre una buena palabra de estímulo para el bien, una caricia de las más naturales para los niños, una frase oportuna para curar esas heridas morales más lastimosas á veces que las heridas del cuerpo, para secar lágrimas cuya fuente parecía inagotable, en fin para conquistarse el alma de sus protegidas, elevándolas en la escala de la moral. Se entregaba á aquellas familias de artesanos con alma, vida y corazón; pero siempre con tal discernimiento, con tantas consideraciones, con tanto respecto, que más bien parecía que ella, la protectora, era la protegida, y que estaba ligada con aquellas familias por los vínculos de antigua gratitud, originada de servicios prestados en otra época. Y no obstante, quizás oía el eco de su voz por vez primera, y jamás los perfiles y rasgos de aquellos rostros atribulados habían pasado ántes por delante de sus compasivos ojos.

Desde su conversión al catolicismo hasta su muerte, acaecida hace pocos años, la distinguida condesa siempre cifró su placer más puro en estas

visitas al pobre, á cuyos umbrales nunca se acercaba con las manos vacías: costumbre altamente razonable y digna de alabanza que toda familia cristiana debe contar por dicha y honor tener y conservar. ¿Quién ignora cuántos beneficios emanan de esta unión entre los pobres y los ricos, de estas relaciones cultivadas por medio de los socorros que se prodigan con largueza? El alma del pobre, fraternizando con las clases acomodadas, se aficiona á ellas, las considera, las aprecia, y concluye por amarlas, haciendo imposibles esos odios de clases que levantan las tempestadas revolucionarias en que todo el edificio social se estremece y amenaza desplomarse. Las clases ricas por su lado tienen demasiadas lecciones que aprender cuando visitan la humilde choza del menesteroso. ¡Oh Dios! ¡Qué cuadros tan adecuados para evitar el desvanecimiento de cabeza que suele producir la abundancia en los poderosos! ¡Qué situaciones tan propias para inclinar el espíritu á serias reflexiones, para excitar en el corazón los sentimientos de compasión y fraternidad! Ved ese matrimonio que se guarece en un desvan que no es habitable: allí, pronto, muy pronto, se ha llegado á la prosa de la vida; la poesía ha huído lejos, desde el primer día de matrimonio; el hombre es desordenado, ebrio consuetudinario, y la pobre mujer, jadeando, apenas acierta á sobrellevar la carga abrumadora: se ve condenada al aislamiento, trabajando de día para proporcionarse trabajosamente el negro pan de la pobreza, velando de noche el sueño ó las enfermedades no de uno sino de media docena de hijos que sólo de ella pueden recibir los cuidados más indispensables. Ella, que



se quita las horas del sueño, amamanta á su hijo pequeñuelo; cuida, enseña y educa como puede á los mayores; busca trabajo, sin el cual no hay alimentación; trabaja laboriosamente, sufre y calla. Sus penas son duras, pero tiene que sobrellevarlas en silencio; no tiene casi á quien volver los ojos. El cielo, refugio de los desheredados, las ideas religiosas, apoyo de los que sufren, podrían servir para fortificarla y sostenerla; pero desgraciadamente la indiferencia, tan fácil en medio de las penalidades de la miseria, tan común ahora que los impíos se encarnizan por arrancar el patrimonio de la fe, tan consecuente, como resultado de una educación descuidada, viene á quitarle hasta ese postrer alivio. En esas circunstancias, ¿comprendéis todo lo que vale la visita de una amiga, de un amigo, que viene no con aire de superioridad y protección, sino con sencillez fraternal, con dulzura inefable, con amorosa caridad, á depositar un donativo acompañado de palabras afectuosas, de frases templadas en el ardor de la amistad pura y desinteresada? ¿Sabéis como llegan á lo íntimo del alma del pobre esos actos que reconocen emanados de un sentimiento purísimo? Si pudiera leerse en los corazones, si pudieran conocerse los actos en toda la plenitud de sus benéficas consecuencias, nadie podría dejar pasar un día sin visitar al pobre: como se buscan con diligente solicitud las diversiones y los festejos, así se buscaría y parecería grata y suavísima la compañía del pobre, y el socorro de sus necesidades, y el alivio de sus amarguras y desdichas.

En la culta Francia, y en general en casi todas las naciones católicas, la visita de los pobres en sus

casas se toma siempre como uno de los deberes de familia de que no se dispensan las señoras con leves y fútiles pretextos. Las jóvenes son conducidas por sus madres á esa escuela práctica de la virtud en que se aprende á conocer el mundo por su lado más verídico y genuino, por el lado del infortunio, de que está constantemente sembrada la vida de la humanidad. Las niñas reúnen sus pequeños recursos para tener que dar al pobre el día de la visita, y siempre se considera ésta como un motivo de regocijo y de satisfacción. Esto se practica también entre nosotros, pero en pequeña escala: tenemos una Junta de Caridad que en medio de embarazos sin cuento ha podido conservarse y continuar sus obras de beneficencia con perseverancia y decisión; mas es preciso generalizar la obra, extenderla, y hacer que cooperen á ella mayor número de personas. La medida del trabajo es el número de los pobres: mientras exista una sola familia desgraciada que no sea visitada y consolada, todavía será necesario hacer nuevos esfuerzos para conquistar otras personas generosas que consagren una parte de su tiempo á esta filantrópica labor; será preciso que cada familia cristiana tenga una familia pobre, de quien sea amiga; amiga, sí, en toda la extensión de la palabra, benefactora, patrocinadora, que cuide de ella, que se desvele por ella, como se hace con la familia de una hermana, de una hija, de una parienta desgraciada. ¡Qué admirable fraternidad la que presentaría la ciudad, si toda ella estuviese constituida sobre esta base de fe y de caridad! Sería el espectáculo más bello, el cuadro más sorprendente de la civilización cristiana.



apreciadas y leídas por las mujeres cristianas; Fennel, con su incomparable dulzura, ha trazado en su inmortal libro sobre la educación de las niñas las obligaciones de las madres en este punto de gran trascendencia; por último, el eminente Obispo de Orleans, Mr. Dupanloup, el gran propagador de la educación pública, ha consagrado las luces más esplendorosas de su genio á abogar por la instrucción de la mujer, y á excitar entusiasmo por educarla primorosamente.

Pero en esta materia es preciso apartarse de extravíos lamentables, de ilusiones generosas, pero vacías é inútiles. Muchos abogan por la ilustración de la mujer, y quisieran que se atestase su inteligencia de una multitud de conocimientos superficiales, de erudición á la violeta, para hacer vana ostentación en las ocasiones propicias para lisonjear la vanidad; que aprendan un poco de idiomas, un poco de literatura, un poco de historia, un poco de ciencias, hasta los quince años; que lean novelas y comedias á pasto hasta los cincuenta ó sesenta, y que se tomen ciertos aires de independencia masculina: semejante sistema es hoy atacado por todos los grandes maestros de la educación como altamente pernicioso tanto para la mujer como para el hombre. Sé que la historia, la gramática, las letras, las artes y las ciencias, pueden contribuir todas para el desarrollo intelectual, porque todas ellas son del dominio de la inteligencia de la mujer, segun sus facultades ó aptitudes; pero es preciso que se aprendan de una manera sólida, ordenada y adecuada á las condiciones y situación de la vida á que cada cual está destinada en el mundo.

La educación tiene por principales medios, para llegar á su fin; la piedad, la instrucción, el método y los cuidados físicos é higiénicos. La instrucción, pues, como medio de educación, debe utilizarse en todas las épocas de la vida, y no hay tiempo en que no sea conveniente emplearla. A lo que debe tenderse, pues, es á crear en el alma esa afición decidida á instruirse, á la lectura de libros serios, al empeño por desarrollar la razón, el juicio y el criterio. A mi juicio, ninguna mujer cristiana debe dejar pasar un día sin consagrar algún tiempo al cuidado de ilustrar su inteligencia: así como hay tiempo destinado en una vida metódica para las diferentes ocupaciones, las lecturas serias deben también encontrar su pequeño lugar, y á la manera que se cuenta de un emperador que no acertaba á acostarse por la noche sin haberse dado cuenta de alguna obra buena ejecutada en el transcurso del día, así las mujeres cristianas, si no me equivoco, jamás deben entregarse al descanso sin haber alimentado su inteligencia con el pan de la verdad que debe estar para ellas, lleno de atractivo y de simpatía. ¡Oh! y si esa lectura fuese una lectura reflexiva y meditada, si se diesen cuenta perfectamente de las ideas y pensamientos que encuentran en los libros que leen, si tomasen la pluma y fijasen en su cuaderno de memorias los pensamientos y sentimientos que la lectura hace nacer en sus almas, ¡cuán pronto llegarían á proveerse de un tesoro precioso, que las ayudaría eficazmente en todas las circunstancias de su vida! Las facultades del alma se perfeccionan y progresan con el ejercicio y con el cultivo, y me parece que no hay mejor medio de cultivarlas que



la práctica de la lectura hecha de esta manera: la memoria, el juicio y la reflexión van adquiriendo insensiblemente tal pulimento, que cada día son más admirables sus frutos. Como dice Balmes, no tanto se deben leer muchos libros, sino leer mucho; y leer mucho es leer con reflexión, meditando, pensando y parando bien la atención en lo que el escritor se propone manifestar y desenvolver. Tarea es esta que requiere bastante esfuerzo, bastante brío, bastante vigor, pero que no creemos sea superior á las fuerzas de la mujer cristiana, dotada por Dios de un entusiasmo y de un ardor por todo lo que es noble, justo, espiritual y generoso, de una perseverancia indomable para alcanzar aquello que cree ser necesario para su felicidad. Y ¿qué cosa más noble y más indispensable para la dicha que el cultivo de las facultades intelectuales?

Yo conozco una madre de familia que guiada por el instinto maternal, pudo llegar á desenvolver su inteligencia de una manera bastante acertada: sin haber adquirido todos los conocimientos que ahora se pueden adquirir en las escuelas, y que deben servir de base para nuevos estudios, se propuso aprender con sus hijos é ilustrarse juntamente con ellos, enseñándolos y tomándoles las lecciones: de esta manera el nivel de su inteligencia fué elevándose gradualmente. Podríais haberos complacido agradablemente observándola dedicarse con delicadeza y con ternura, mezclada de firmeza, á vigilar que sus hijos aprendiesen sus lecciones. Ella, que como dice Mr. De Maistre no sabía si Pekin estaba en Europa, y si Alejandro Magno pidió la mano de una sobrina de Luis XIV, tomaba sin embargo el libro de geografía

ó el libro de historia, fijaba los ojos en el plano, y con admirable paciencia tomaba las lecciones á sus hijos, y jamás permitía que fuesen á la escuela sin estar segura de que la sabían perfectamente de memoria. ¡Qué os diré! Ella que no sabía ni siquiera decir con perfección el Gloria Patri, empuñaba el libro de latín y tomaba la lección como bien pudiera hacerlo un profesor! ¿Cuál fué el resultado? Aquella modesta señora, que al principio estaba en mantillas en materia de instrucción y de saber, fué elevándose poco á poco, aprendiendo más y más, y desarrollando sus facultades intelectuales, á la par que ayudaba y asistía al desenvolvimiento de las de sus queridos hijos; y cuando más tarde, transcurridos algunos años, los niños se convirtieron en jóvenes y buscaban en sus conversaciones algo más serio y más grave que lo que ocupa los entretenimientos infantiles, encontraban en su madre también conversaciones graves y elevadas, admiración y entusiasmo por la ciencia, consejos llenos de persuasión, de dulzura, de inteligencia, de abnegación y de gracia, que aquella madre cristiana sacaba de su inteligencia despejada y perfeccionada por la instrucción, y de su corazón santificado por una piedad sólida que le hacía buscar el amor de Dios en el cumplimiento exacto del deber y en el sacrificio por el bien.

Aquella señora ejercía grande y merecida influencia en los corazones de sus hijos, y lo había conseguido porque educándolos se había educado á sí misma. El notable escritor francés Paul Feval, el ilustre convertido ha dicho: «cada día que pasa debemos convertirnos de nuevo á Dios.» y á ejemplo suyo digo yo que desde que el hombre nace hasta que



muere, necesita estarse educando, y que nunca es uno viejo para corregir y rectificar los defectos que brotan y renacen sin cesar en el erial de la existencia humana. Sí, esa es la vida, vida de lucha, de combate infatigable por el bien y por la verdad como dice el poeta:

¿Qué es la vida del hombre,  
Sino estar militando en viva guerra,  
O como el fatigado jornalero,  
Que todo su renombre  
Se reduce á labrar la dura tierra?

Todo el renombre de la madre cristiana se reduce al incomparable honor de educar bien á sus hijos, de hacer de ellos hombres, y á la dulce felicidad de hacer feliz á su esposo; y aunque para cumplir estos deberes la gracia de Dios nunca falta á quien la pide con humildad de corazón, ayuda singularmente á esta gracia el estudio de obras buenas y serias.

Conveniente, es, pues, por demás, buscar en los libros amigos dulces y fieles que nos ayuden á la práctica del bien, para poder decir como una simpática é inteligente señorita de nuestro siglo: «Espero que los amigos que he escogido en mi juventud, los Fenelones, los Bossuets, los Bourdaloues y tantos otros que no citaré, los venerados nombres de Mme. Swetchine, de Eugenia y Alejandrina La Ferranays, que nos han llegado á ser familiares y queridos, me consolarán.....»

Mis amables lectoras encontrarán también en los libros serios consuelos abundantes y también fuerzas desconocidas para llegar á la perfección,

para vivir esa vida del alma, esa vida del corazón que se encuentra cuando por medio del estudio, por medio del trabajo intelectuul unido á las prácticas piadosas, se remonta uno á comprender mejor toda la armonía inefable de la vida cristiana.

### La visita á los pobres.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Julio 3 de 1881.

Queridos lectores míos: Recuerdo haber leído que la condesa Sewtchine, una de las mujeres de carácter más noble y de inteligencia más esclarecida que han honrado el siglo presente, salía todas las mañanas de su casa, acompañada de una hija adoptiva á quien amaba con particular ternura y cariño. ¿Sabéis á donde dirigía sus pasos esa mujer de la clase acomodada, que abandonaba desde temprano la blandura del lecho? ¿Sería para gozar de las frescas brisas de la mañana en los jardines, en los parques, en los bosquecillos del campo? ¿Para charlar dulce y agradablemente con amigos joviales y risueños que pasaban la vida lijera entre ilusiones y delicias? No: pensamientos más serios y más graves ocupaban el alma de aquella ilustre señora, en las primeras horas de la mañana: la caridad la movía, el amor la impulsaba, el espíritu de abnegacion y sacrificio agitaba ese corazon generoso que amaba con pasion la felicidad ajena. Salía de su morada y se hacía conducir á la márgen izquierdar del Sena, para buscar en sus antros á la miseria, y llevarle algunos consuelos, algun dulce alivio, un